



Cuentos sin pérdida

Con clima que evoca a Buñuel y su rigurosa factura, los cuentos de **El banquete** resultan una grata sorpresa. Sin embargo es coherente si se considera el caso de Francisco Rivas —su autor— como el de un solitario que no proviene de grupos o tradiciones literarias, ni se adscribe a las corrientes que dominan la narrativa chilena.

Camilo Marks

El significado de una obra literaria — drama, novela, cuento —, en general, de todos los textos, depende estruendosamente del lector y, en última instancia, es también una creación suya.

Esta proposición de la Nueva Teoría Crítica norteamericana es absolutamente aplicable a **El banquete**, relato que cierra la última y excelente colección de cuentos de Francisco Rivas y que da título al volumen. Un grupo de sirvientes de alto nivel, perdididos por un viejo Conde Riva, elabora una festinosa cena para un conjunto de invitados que no llegan nunca. Cada plato, licor, vino, champú o postre debe servirse inmediatamente después de ser preparados, ya que el retraso trae consigo la ruina de los españoles. Estantes en pleno invierno, la lluvia y la nieve que se vienen encima atentan con regularidad la mansión donde se realiza el banquete y el no fuera por breves toques del escritor a lo largo de la narración, la época y el lugar geográfico serían indeterminados. Fábula de la servidumbre y la decadencia, de la espera inmovilizada y el rito social, **El banquete**, por su clima, hace evocar algunos filmes de Luis Buñuel (sobre todo, *El ángel exterminador*) y su interpretación dará para todos los gustos y tendencias. La profunda cultura gastronómica del autor lo suma en una cocina para ser leído en ayunas o sin el cóctel bien lleno.

Además de sus conocimientos culinarios, el desconocido Francisco Rivas, más conocido por sus anteriores novelas (*El inferno*

Mosé, *Todos los días un circo*, *Martes tristes*) demuestra en éste y en los demás relatos del libro una real maestría en el lenguaje, una capacidad para interesar y emocionar poco habitual y un dominio estético que lo sitúan en un destacado lugar entre nuestros cuentistas y narradores.

El caso de Rivas es muy raro, porque no proviene de grupos o tradiciones literarias que ya se han institucionalizado en nuestro país —talleres literarios o institutos humanísticos— ni se adscribe a las corrientes que hoy dominan el panorama artístico chileno. Francisco Rivas pertenece a una tradición que normalmente no se suele asociar con la cultura —es médico— y que, junto a la otra gran corriente liberal —los abogados— parece generar lo que Orrego y Gavet llamaba "los analífabos ilustrados más patéticos de nuestra época". Como todas las reglas tienen brillantes excepciones, este autor hace gala, en sus novelas y especialmente en sus cuentos, de una formación cultural muy sólida y de una sensibilidad que podría envidiar muchos escritores profesionales.

Si escrupulosamente la metáfora social implícita en el relato que lleva por nombre *El banquete*, y para una mayor facilidad en la crítica, los cuentos que componen el volumen pueden dividirse en dos grupos: los notables y los buenos. Con esos esteros comenzando por decir claramente que todos ellos



son logrados y su lectura es muy gratificante.

Los notables

Después de haber terminado de leer el libro, el relato que más queda pensando en la memoria es *Asombrado por Sancho*. El protagonista de la historia se llama Mosé y, al igual que su antepasado bíblico, es salvado del desastre gracias a la intervención de una mujer que, aunque no sea hija del Varón, tiene la suficiente presencia de ánimo para engañar a los soldados que allanaban casas después del golpe militar, haciendo pasar al líder norteamericano por su hijo. El cuento se desarrolla en breves capítulos, al modo de vendicados, y Rivas tiene el poder de suargio-

El banquete, Francisco Rivas, Editorial Palmar, Santiago, 1992, 113 páginas.

es en la mente estruendosa de un muchacho semialfabeto, cuyo único horizonte son las cuatro casetas que rodean al Mercado y la Vega, desde ha nacido y se ha criado. Reclutado por militares comunistas que le enseñan a leer, Mosé percibe vagamente que podría tener la razón, pero no logra entender más el sacar nada en limpio de los acontecimientos históricos que se precipitan en el país. Lo más asombroso de este extraordinario relato reside en la facilidad con que el autor construye un crescendo narrativo que nos hace sufrir ante el probable destino del héroe, sin que nos démos mayor idea de lo que está pasando. Aunque fuera sólo por este lastimoso cuento, el volumen estruendamente merece ser leído.

La otra historia excepcional es *En nombre de los muertos*. Aquelio Hernández es un oscuro empleado de notaría que se enamora de una secretaria a prueba, quien lleva una forzosa doble vida para contribuir a su mantención. El personaje y su medio no tendrían ninguna gracia si no fuera por los tópicos promisorios que hacen presa de él y que conducen a un desenlace digno de la mejor tradición cuentística.

Habría que sumar también a *El hombre de la pátula* entre los



cuentos más sobresalientes esta selección. El protagonista era vez es Lionel Caricón, un glifote argentino viado que se traslada desde Buenos Aires a un pueblo del interior, para probar fortuna junto a sus dos hijos. Si no es suficiente elogio decir que la historia pudo haber sido escrita por un buen narrador uruguayo, aunque seguramente con otros giros idiomáticos, no vemos qué otra cosa favorable puede decirse de él. Habría que leerlo sin saber el nombre o nacionalidad del autor y hacer la prueba.

Los buenos

Los demás narraciones de este libro se desarrollan en medio de situaciones y papeles conmovedores e incluso legendarios. Es el caso de la vieja filóloga china sobre la aplicación práctica de la justicia, que Rivas transfiere en el hermoso relato llamado *La respuesta de las musas* o el del cuento que abre la colección y que, con el título de *El adalga*, nos lleva a los primeros días del descubrimiento de América.

El hombre que se extravió en sí mismo, en cambio, es una coherente, concisa y lógica historia sobre un personaje y una situación completamente incoherente y difusa: Juan Urte, un individuo que visita en globo antes de la existencia de los aviones comerciales y padece los extremos del nacionalismo fustico.

La obsesión por el calendario tiene como héroe al chileno Samuel Gallardo y su simpática monomanía por reemplazar las fechas gregorianas, implantando un sistema de medición universal superior, en momentos en que los hombres estaban preocupados por cosas menos interesantes (1939 es adalga).

Francisco Rivas demuestra una superioridad manifiesta como cuentista frente a los días no despreciables que se le conocen en sus novelas. Su estilo adaptado a esta situación que describe, su escasa cultura, su gran conocimiento literario nos dan un placer solamente constatar la cantidad de vocablos conocidos y no tradicionales que usa y la seguridad con que plasma sus narraciones hacen que *El banquete* sea toda una revelación.

Hay muchos libros buenos que cuesta leer, pero *El banquete* se lee de un tirón. Lo bueno, además de doblemente bueno si es breve, produce, en este caso, el deseo de que Rivas persista en este difícil género.



Cuentos sin pérdida [artículo] Camilo Marks.

Libros y documentos

AUTORÍA

Marks, Camilo, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuentos sin pérdida [artículo] Camilo Marks. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile